

ESCUCHANDO A LA ABUELA

AMERICO MANUEL GONZALEZ LINARES

Todos nosotros alguna vez en nuestra vida, hemos escuchado de labios de nuestros abuelos contar innumerables historias, muchas increíbles otras fantásticas y cuantas mas de toda clase, referentes a hechos, relatos, aventuras, pasajes y que otras cosas mas de sus años vividos en el pasado, los cuales estuvieron llenos de anécdotas y vivencias muy ricas en cuanto a contenido, sean personales, familiares e inclusive hasta sociales.

Propios de aquellos años ya pasados, donde el costumbrismo persistía pese al modernismo que se erguía paulatinamente, en los albores del siglo XX y que hoy subsisten gracias a la tradición de transmitir estas historias de boca en boca, de generación en generación.

Esperando que perduren para siempre.

Ocurrió un día, no muy lejano por cierto, que caminando del colegio con destino a casa se me dio por pensar en mi abuela y no alejándome del asunto que ahora tenía en la cabeza, me puse a pensar profundamente, como meditando acerca de ella, fue así que sacándole vueltas al asunto sin hacerme problemas llegué a varias conclusiones y entre éstas a pensamientos posteriormente.

Todos estos pensamientos que tuve en el trayecto se fueron como por arte de magia al entrar a casa, había razón para ello, tenía que saludar a mi madre aparte de lo que mi estómago exigía por causa de un agotador día de clases. Después de almorzar quería descansar un rato y recostándome en la cama procuré dormir, cuando empezaba a dormirme unos rayos quemantes y cegadores me dieron en la cara, se trataba del astro rey que ocultándose por el horizonte, escondía su luz y calor para dar paso al crepúsculo de la tarde y que justo a esa hora los últimos rayos solares se podían apreciar desde mi cama a través de la ventana; que sin correr la cortina ese día se había quedado, no quedándome otra cosa que resignarme a estar despierto; casi enojado me levanté del lecho que minutos antes habíame servido de lugar de reposo y dirigiéndome a la ventana jale la cortina para no ver la puesta del sol.

Sol tan querido por mi gente que junto con el Misti, volcán majes-

tuoso, celoso guardían de mi tierra, forman tan solo dos partes hermosas de los tantos atractivos bellos que posee mi ciudad. Habíame arrepentido aquella tarde de no verlo ocultarse.

Un poco calmado después de mi imprevisto y repentino mal humor, decidí volverme a echar a la cama, fue entonces que procurando dormir buscando ese sueño ansiado me puse a pensar, pensaba nuevamente en mi abuela, como una máquina fotográfica comencé a recordar historias que recorrían mi mente de un lado para otro, historias que ella me contó no sé cómo ni de donde me invadió una idea. Y si de grande, en mi adultez, olvidaba estos relatos. La idea me dejó intranquilo, no sabía qué hacer, preocupado por este problema no podía dormir, quedándome despierto bajo la tenue luz de una lámpara busqué una solución al problema, al ver que no pude conciliar el sueño, me dije -pensando lo conseguiré- quizás tuve razón tanto revolver mi cerebro comencé a sentir una especie de aturdimiento que poco a poco hacía su efecto mis parpados cedían lentamente.

Llegó el momento, dejé de pensar, estaba dormido. así, durmiendo, no supe lo que pasó, pero sabía algo, estaba soñando. Soñe que me levantaba de la cama, tenía una sonrisa en los labios, había encontrado al fin una solución, con la alegría en el rostro me vi en el espejo del baño fue que me dije -escribirás sobre las historias que te contó la abuela- y corrí al cuarto donde se hallaba la máquina de escribir; intempestivamente ingresé a él sin reparar en la bulla que hacía.

Dentro del cuarto busqué unas hojas y después de acomodarlas en la mesa sobre la cual se hallaba la máquina, empecé por limpiar el polvo de cada pieza de ella, pronto la máquina quedó como nueva y una vez lista. Coloqué la cinta primero para luego hacerlo con la hoja en la que iba a escribir.

Me senté en la silla con la máquina al frente y con un dedo a punto de tocar las teclas me quedé pensativo, recordaba cada historia para saber con cual empezar. Y allí se apareció por suerte mi abuela, que apoyada en su bastón avanzaba lentamente hacia mí, sus cabellos canosos pintados de color blanco por la vejez se hallaban enrollados y sujetos a una peineta, la saludé y ella me respondió preguntando -hola hijo ¿qué haces?- yo le respondí que escribía sobre sus relatos pero no sabía como empezar, con una mueca de orgullo que se reflejó en su ya enjuto rostro, lleno de arrugas, huellas claras de los años que pasaron en ella, me dijo con aire de suficiencia -yo te ayudo- con las palabras de aliento que me dio retiré las manos de las teclas para apoyarlas en la mesa de tal modo que los codos me servían de base y las palmas de la mano de punto de apoyo a mi mandíbula, en esa actitud me hallé pres-

to a oír lo que contaría mi abuela que acomodándose en un rincón de la habitación jaló una silla para sentarse.

Así, relatante y oyente nos hallábamos listos para dar inicio a una larga conversación, las horas pasaron raudamente y entre hablar y escuchar el tiempo trascurrido se hizo nada, sin embargo, logré captar varias historias y antes de ir a almorzar me cercioré de no haberme olvidado nada de lo que dijo mi abuela.

El almuerzo había interrumpido que la abuela prosiguera con sus relatos, por lo que ella tuvo que retirarse, dejándome con las expectativas a flor de labios, ya en la mesa observé cierto cansancio en ella por lo que opté no fastidiarla más al menos por unos días. Además tenía en la cabeza material suficiente para un buen tiempo. Terminada la hora del almuerzo me quedé sentado aún en la mesa y mientras veía recoger a mi madre el servicio, me puse a soñar despierto; lo que mis sueños me hacían ver era algo quizá fantástico que podría ser realidad, mucho tiempo estuve así para que mi madre diga -en qué piensas, hijo- no le contesté nada en un comienzo pues sorprendido reaccione al ver que la vajilla había sido recogida ya de la mesa, pero ante la persistencia de mi madre con otra pregunta, no me quedó más que responderle, aunque con una mentira -nada- felizmente ella se contentó con la respuesta, no pude decirle en lo que pensaba ya que no estaba tan seguro de lo que soñaba, tal vez después se lo diría, ahora no era el momento.

En el cuarto junto a mi máquina, bien acomodado me dispuse a escribir, por segunda vez, sólo que ahora ya lo tenía todo en orden y bien planeado. Imprimí mi primera letra, con la que daba inicio a los relatos de la abuela.

Fue una tarde lluviosa en que al no salir a jugar me quedé en casa escuchando a la abuela, tendría diez años cuando me contó esto -Era yo una muchacha de quince abriles con los ímpetus propios de una cora o de una chiquilla, como dicen ahora, yo y mi familia nos dirijimos como todos los años a Sabandía a presenciar las tradicionales peleas de toros, cada año allí se llevaba los mejores astados de la campiña arequipeña para hacerlos pelear como dos luchadores en una arena de circo, el hecho es que nos instalamos en una chacra que quedaba a un lado del campo llano y verde donde pelearían los toros. Toda la gente se aglutinó en torno al espacioso lugar de pelea, no importándoles el peligro que corrían, pues los únicos lugares seguros eran la chacra en la que nos hallábamos acomodados y una pequeña elevación de tierra que estaba al frente, no era culpa de ellos arriesgarse pues la chacra y la elevación estaban repletos de fanáticos taurinos como yo y ellos, la prime-

ra pelea se iba a llevar a cabo, el primer encuentro de sangre estaba por realizarse, dos imponentes ejemplares aparecieron de lados opuestos de la explanada, cada uno sujeto por su dueño y ayudantes. Las sogas y huatos no parecían ser suficientes para detenerlos o controlarlos, daban saltos y corneadas por suerte en falso.

Poco a poco avanzaban al centro del ruedo, uno era totalmente negro como vestido de luto, tenía una extraña mirada más de odio que de cólera, sus cuernos castaños mostraban orgullosos su filo y puntiagudez, la cola no dejaba de zarandearse de un lado para otro como señal de seguridad y control de la situación. El otro astado de color chocolate con manchas blancas en el pecho, menos petulante que el primero, agachaba la cabeza como señal de sumisión, pero no era así, la volvía a levantar con una rápida corneada en señal de querer pelear cuanto antes, sus ojos tenían un raro brillo, constantemente no dejaba de escarbar la tierra con sus patas delanteras las que tenía siempre en actividad.

Pronto los dos animales se quedaron solos y avanzando cautelosamente unos cuántos metros se encontraron cara a cara, tan solo separados por un insignificante metro, unos segundos se miraron despreciativamente para luego retroceder cada uno cierto trecho dando comienzo a la lucha, ante los gritos y bulla estridente de la gente que ya alentaba a su parcial los dos toros arrancaron raudamente causando cierto polvo en el campo.

El ansiado encuentro estaba cerca, los toros velozmente se acercaban uno a otro a cada segundo, el choque no tardó, ambos animales a la primera embestida se entrelazaron con sus cuernos en un formidable duelo que prometía mucho, aquello no duró tanto, se apartaron entre sí y unos segundos mas tarde volvían a estrellarse, en un tirar y jalar ambos animales ofrecían un bello espectáculo para la gente, no para ellos que denodamente luchaban entre sí, sufriendo dolores y tormentos crueles por las heridas que ya tenían hechas algunas profundas, de las que salían hilos de sangre que bañaban sus cuerpos y convirtiendo poco a poquito el sitio en un lodazal de sangre, no podían separarse ni separarlos, el instinto animal de lucha se había apoderado de ellos, además la gente no podía hacerlo hasta ver un triunfador.

Los minutos pasaron y aún ninguno de los animales dio un paso atrás por lo que la lucha continuaría, la pelea estaba haciéndose larga para ser la primera de la tarde, sin embargo había entusiasmo por el espectáculo tan bueno que los primeros astados brindaban.

Aquello no duraría mucho, el toro negro empezó a correr de su rival,

señal de que había perdido y había un ganador que era el chocolateado, tres escapadas más y el toro negro fue descalificado de la pelea.

Así la primera pelea concluyó, un cuarto de hora había durado, tanto vencedor como perdedor se retiraban mal heridos y maltrechos por la árdua y tenaz confrontación tenida. Otra vez la calma volvió mientras duraba la espera de la siguiente pelea.

En este breve descanso que había, el público podía comprar exquisitos platos de la campiña, rocoto relleno, cuy chactao, pepián de cuy, chanchó al horno y otros platos más que sin la infaltable chicha de jora eran expendidos por las mujeres de Sabandía.

La curiosidad me llevó a ver cómo los dueños curaban a sus animales después de cada pelea, por lo que dejé la seguridad de la chacra en la que estaba para colarme entre la gente que había en la explanada, mientras veía cómo untaban a un toro con grasa y sal sus heridas, se llevaba a efecto la cuarta pelea de la tarde, fue entonces que pasó lo que no previne, un toro empezó a cornear a los espectadores, enfurecido por la derrota sufrida ante el otro toro. La gente corría de un sitio para otro desesperadamente, el animal había ya tumbado a varias personas, algunas se encontraban heridas por las corneadas otras inconcientes por las embestidas y las demás por el susto se hallaban desmayadas.

Cuando el toro hubo ya desfogado su cólera se calmó y como una tierna vaca se puso a pastar en una chacra cercana; la gente se reponía del sustazo, aunque había lágrimas y ayes de todo lado, los heridos eran socorridos por la demás gentes, no había alguien grave por suerte, como si no hubiese sucedido nada la diversión continuó, y una vez más la pelea de toros prosiguió.

Con esta experiencia vivida regresé a casa con mis padres. Aquí acabó este relato de mi abuela sobre la pelea de toros, tradición que aun subsiste en la actualidad.

Estaba cansado por escribir un buen número de hojas, por lo que decidí tomarme un pequeño descanso. Y parándome del asiento me dirigí al dormitorio a recostarme unos instantes. En la cama me puse a pensar sobre lo que había escrito, eran las primeras palabras que guardaba en hojas y tenía que hacerlo con sumo cuidado procurando no olvidarme de escribir hasta el más mínimo detalle de algún relato que me contó mi abuela.

Yo también tenía mi propia versión de las peleas de toros, una vez

fuí al Campo Ferial de Cerro Juli, allí viví una experiencia inolvidable, pero dejémosla para otra vez.

Me dije en un momento -¿por qué no escribes de tus experiencias?- pero me contesté -guarda las tradiciones del pasado- y quién mejor que la abuela para hacerlo por lo que una vez más me convencí de escribir acerca de lo que me contara la abuela.

Era domingo por lo que decidí dejar de escribir, tenía que hacer tareas para mañana que era día de clases.

En el colegio durante las horas de clase, no dejé de pensar en lo que estaba haciendo en mis horas libres, escribir sobre las tradiciones de mi tierra, las horas transcurrían y yo ansioso por salir a casa, tenía un nuevo relato que escribir, y temeroso de que se me olvidase apresuraba a mi modo el tiempo que no me hacía caso.

El timbre de salida sonó y alborotado salí del aula, corrí a casa tan rápido como pude. Horas más tarde reflexionaría de este proceder en el colegio, mi mal comportamiento respecto a la no total atención a mis profesores, y el consiguiente reproche mío por no querer en cierto modo aprender.

Después de almorzar y hacer mis tareas, en la soledad de mi habitación, me dispuse a continuar escribiendo y junto con mi compañera que era la máquina, empecé una vez más a recordar algún relato de la abuela; pronto lo tuve y sin pérdida de tiempo comencé a escribir. Las peleas de gallos son hermosas, pero como dice mi abuela, son también impresionantes, el hecho es que ella recordaba una en especial. Se realizó en Socabaya, tierra natal de mi abuela, tierra que preserva aún el tradicionalismo chacarero de decenas de años atrás, Socabaya es uno de los tantos pueblos tradicionales como Characato, Sabandía, Yarabamba, Paucarpata, Cayma, Yanahuara, Tiabaya y otros más, donde se realizan peleas de gallos varias veces al año, la que mi abuela me contó ocurrió hace muchos años, para ser exactos veinte años atrás, aún no había nacido yo y creo que ni siquiera estaba en los planes; la pelea fue ahí en Socabaya, un domingo soleado, serían las doce del día cuando empezaron las peleas, el sol daba un toque caluroso a los encuentros de los gallos y el cielo azul celeste una calma y quietud al ambiente.

Corría una brisa refrescante, que bamboleaba a los árboles y palmeras del pueblo, sacudiéndolos graciosamente, en un vaivén pausado.

Sería las tres de la tarde, a mitad del programa señalado, cuando se

iba a llevar a cabo la más importante pelea del día, dos de los mejores gallos del lugar chocarían en un impresionante combate gallístico.

Cada gallo en su esquina del ruedo, aguardaba impacientemente el campanazo para lanzarse a la lucha.

La gallera improvisada a un costado de la plaza principal rebasaba de espectadores, que bulliciosamente cazaban apuestas a su favorito, y uno de los favoritos para salir airoso del combate, era un enorme gallo propiedad de un afamado criador de gallos de pelea, que a su vez lo era de bravos toros de peleas, era uno de los mejores de la campiña arequipeña de entonces.

Este gallo tenía la fama de ser un hábil peleador con las navajas sus espolones eran adecuados para colocar en ellos dos filosas y puntiagudas cuchillas, que no tardaron mucho en ponérselas. El otro rival de buena alcurnia y fama también poseía su fama propia, que era el coger a su enemigo por el cuello, habilidad que se la debía a su bien y proporcionado pico, que en una especie de crueldad era constantemente afilado por sus dueños, dos jovencitos de pícaro actuar.

La pelea iba a dar comienzo, con un acuerdo cruel ambos propietarios decidieron aportar una fuerte cantidad de dinero, pero también había condiciones y una de ellas era que debía haber un gallo vivo en la arena al final de la pelea, sin que ninguno de los dos alados y plumíferos animales supiesen su destino se lanzaron al combate, la lucha dio comienzo y después de un violento e instintivo choque retrocedieron, ahora para luchar cautelosamente y sólo cuando la oportunidad de triunfo favorecía a uno de ellos se lanzaba al ataque, más de un cuarto de hora estuvieron así, tres minutos peleaban y uno descansaban, tanto dueños como espectadores empezaban a impacientarse; qué se iba a hacer si ninguno de los alados titanes cedía terreno o daba tregua alguna y lo que era peor aún, qué terreno iban a dar o qué tregua si la lucha era de vida o muerte para uno de ellos.

Llegó la media hora de lucha y ninguno plantaba pico, ensangrentados y mal heridos hacían acopios de fuerza para seguir en el combate, ni la habilidad de los espolones con navajas, ni la destreza del poderoso pico lograban su efecto mortífero, tanto uno como otro se las ingeniaban para no ser víctimas de las armas que poseían.

Los alados seguían peleando ante la vista e impaciencia de las gentes sin embargo el cansancio se apoderaba de ellos y pronto caerían al suelo, como un acuerdo propio entre los gallos decidieron estos retirarse cada uno a

su esquina y allí caer de bruces a la arena, en un acto solidario, ambos gallos lo hicieron a la misma vez.

No hubo vencido ni vencedor, habían empatado, los animales gozaban de su merecido descanso alegremente, los únicos amargos y encolerizados eran los dueños y apostadores.

Aquí terminaba mi segundo relato o mejor dicho los de mi abuela, y como la primera vez, me fui a descansar.

En la noche bajo el manto oscuro, y mirando el cielo estrellado volví a soñar en aquello que no le dije a mi madre, otra vez la fantasía o tal vez la realidad volaba en mi cabeza, como mariposas sobre una flor estos pensamientos me embargaban de tal manera que ni cuenta me dí del frío que hacía ahí afuera, ni que yo estaba ahí.

Solo el grito de mi madre que me llamaba para que pasase adentro me hizo volver en mí, pero aún no alejaba de mi aquellas ideas que tenía, ya estaba un poco seguro acerca de una idea para llevarla a cabo, sólo me faltaba el valor suficiente para realizarla.

¿El valor? me pregunté, o era el tiempo y medios económicos realmente lo que impedía hacer realidades estos sueños.

Por la mañana del día siguiente muy temprano me levanté de la cama, tenía aun el entusiasmo de la noche anterior, con optimismo y alegría iniciaba el día, la idea no me dejó aún, la tenía presente, ahora eran dos los problemas que tenía, escribir los relatos de mi abuela y aquella idea.

Pese a esto enfrentaba valientemente mis deberes de estudiante, aunque honor a la verdad, en todas mis facultades, había cierta dejadez, los días pasaron y yo seguía ocupado, las tareas, los deberes en la casa y cuantas cosas más. Hacía una semana que no escribía, ni que mis dedos tocaban alguna tecla de la máquina, cansado por esta para en mis escritos, busqué una solución, no la había, dos caminos se me proponían, uno dejar de escribir o seguir estudiando.

Mi buen proceder estaba en juego, por lo que había que actuar con cautela y buen tino, hallé la mejor manera de arreglo, tenía que esforzarme más, el nuevo reto se hizo presente, la lucha no iba ser fácil, tendría que poner todo de mi parte y lo haría, quería escribir, tenía que trabajar bastante para ello.

Quería ser escritor, esa es mi obsesión, la idea que no me dejaba tranquilo, el pensamiento que no le dije a mi madre, nadie lo sabía, sólo yo y mi máquina, compañera fiel que muda y absorta me oía, en las veces que yo le hablaba de mis ilusiones.

Y la mejor manera de comenzar era empezando a distribuir mi tiempo, el tiempo se hizo corto, tanto así que a las justas pude darme cada día media hora de relax en la oscuridad de la noche.

Tiempecito que me servía de limpieza para mi recargado cerebro, de descanso mental a mis ideas y pensamientos.

Así, volví a escribir emergiendo nuevamente del apartamento en que estuve sumergido, sentí cómo la esperanza se apoderó de mí, cómo la ilusión se trazó en mi camino.

Fortalecido y rico en espíritu, inicié una tarde a escribir un relato más, en esta vez se trataba de algo mio, de algo que vi con mis ojos, de algo que escuché con mis oídos.

Se relacionaba con la tierra de mi abuela, se trataba de la fiesta patronal que cada año se lleva a cabo.

Todos los años en una semana de celebraciones se realiza quizá una de las mas fervorosas y multitudinarias conglomeraciones de la ciudad de Arequipa.

La cantidad de personas que asisten supera a la de la población del pueblo, de tal modo que Socabaya se hace pequeña. Socabaya es un bello lugar colindante a la ciudad, es uno de los tantos pueblos con tradición que rodean a la modernista ciudad de Arequipa.

Sus casas y casonas hechas de piedra y barro son un contraste con las modernas casas y edificios que se alzan como gigantes a tan sólo unos cuantos kilómetros.

Las chacras en forma de andenes rodean al pueblo por los cuatro costados, sus acequias y boqueroncitos recorren las chacras de un extremo a otro, el río que al frente del pueblo se encuentra, recorre una ancha y llana abertura que a manera de una interminable quebrada, recorre a lo largo, limitando al pueblo en sí.

El pueblo, como así se se llama la capital del distrito de Socabaya, es

el centro de un amplio sector de tierras las cuales son en parte zonas de vivienda, contando con más de la mitad de estas tierras como áreas de cultivo y eriazos.

Dentro del distrito subsisten aparte del pueblo, lugares como la Pampa, el Alto, Lara y Bellapampa.

Estos lugares son los últimos bastiones, los últimos arrestos de tradición, que frenan al progreso creciente; pronto ya no lo serán.

El ocho de setiembre de cada año es el día jubilar del pueblo, es la fiesta de la patrona del lugar, la Virgen de los Remedios.

En una de esas fiestas religiosas a la que asistí hace muchos años me quedé prendado de ellas, tendría nueve años a lo menos, cuando presencié una de las más bellas fiestas patronales del pueblo.

Todo comenzó una mañana, era viernes, era el día anterior a las vísperas, y las vísperas es el día donde la fiesta se desata en un delirante juego de acciones y emociones, que preceden a la calma del día siguiente.

Como todos los años anteriores, me preparaba un día antes de las vísperas para ir al pueblo, allí vivía mi abuela por lo que no tenía que preocuparme, respecto a donde pasar la noche y sin hacer faltar mi rutina de todos los años, aquella vez enrumbe al pueblo.

Salí de casa por la tarde, hacía calor pues el sol estaba aún en su apogeo, aquel viernes en especial no quise ir en carro como siempre lo hacía, por el contrario me empeñé en ir a pie, el trayecto no era largo, sólo era cosa de una hora a lo mucho, y sólo me fui, el resto de mi familia se puso a esperar el carro mientras yo me perdía tras el recodo de una calle.

Quince minutos después de haber salido el carro donde iba mi familia me pasaba velozmente, yo no disminuí mi paso, por el contrario lo aceleré, pronto las casas quedarían atrás, con sus cintas de asfalto y casas de concreto a los costados, para dar paso a la trocha de tierra y chacras a los lados que marcaban el contraste entre la campiña y la ciudad.

Me encontraba en la mitad del camino, el sol aún no disipaba su luz y calor, por lo que seguí caminando sin ninguna preocupación.

En mi andar miraba los alrededores, contemplándolos con cierta ad-

miración, me dije a mí mismo si volvería a ver las verdes chacras cuando estuviera grande, sólo el futuro lo sabría.

Llegué al río que apenas tenía agua, que en forma de acequias lo recorrían, después de cruzarlo, sentí una extraña sensación que me embargó el cuerpo, no sabía lo que era, pero era algo parecido a la emoción.

En la casa de mi abuela reunido con mi familia pase la noche del viernes, por la madrugada del sábado, víspera al día domingo, me levanté con entusiasmo a esperar el día.

La mañana transcurrió tranquilamente, recién a medio día la gente comenzó a llegar para ver la famosa entrada de capo, especie de leña que se junta de todas las plantas que hay en los cerros y el río para quemarla posteriormente.

A las dos de la tarde empezaron a reventarse los primeros cohetes en el aire mientras los devotos de la Virgen levantaban cuatro pedestales con cuadros e imágenes de Jesús, María y Santos, en cada esquina de la plaza.

Una hora después la plaza estaba que reventaba, la gente la colmaba, con los pedestales terminados se comenzó a poner las troyas, que eran hileras de cohetes con pólvora suelta, después de haber rodeado la plaza con estas troyas se procedió a colocar una gran troya en la calle principal del pueblo a lo largo de esta.

Concluido este trabajo las personas no hacían mas que esperar la entrada, mientras gozaban de los acordes de una banda de caperos que al son de su música bailaban graciosamente.

El estallido de un gran número de cohetes en lo alto del pueblo anunciaban la venida de los tiznados burros que con una campanilla en el cuello y un atado de capo en sus lomos, iniciaban la entrada, delante de los plateados burros, la troya se prendía, así la bulliciosa marcha avanzaba por la calle, el tañer de las campanas, el estruendor de los cohetes y la música de los caperos retumbaban a la plaza.

Ante la vista de la gente la troya paso primero, luego los burros que con sus campanitas sujetas por cintas rojas daban un colorido vistoso a las vísperas, tras de ellos algunos carros de toda clase traían su cuota de capo también y finalmente la bulliciosa banda.

Todo este capo fue a dar a un costado de la iglesia, algunos viejos

chacareros montados en sus caballos lucían galas de muchísimos años atrás con espuelas de plata, ponchos de lana, pantalones bombachos, botas que les llegaban a la rodillas, pañolones multicolores y sombreros de paja, se paseaban por la plaza para regocijo de las gentes.

La víspera continuo, ahora venía el armado de los castillos que en número de seis iban a ser armados, durante el resto de la tarde expertos constructores de castillos, trabajaron afanosamente, ya entrada la noche con la primera misa la gente volvía a conglomerarse en la plaza esta vez en espera de que se ardan los castillos y prendan el capo.

Con la iglesia abierta y las vendedoras de anticuchos, picarones o buñuelos, caparinas y diana ofreciendo afuera la gente se entretenía mientras duraba la espera.

Para los chicos estaban los pasteleros, dulceros, carameleros, y los vendedores de manzanas encarameladas.

Las horas pasaban y pronto se hizo media noche, y entonces se dio comienzo al prendimiento de los castillos, uno por uno fue prendido y uno tras otro fue desapareciendo sin antes brindar un hermoso espectáculo de luces y fuegos artificiales que dejaban pasmados a los observadores y maravillados a los niños, cada castillo tenía su propia forma, variedad, estilo y un número de atracción.

Así uno arrojaba lagrimillas al aire, otro paracaidistas de luces y por el estilo, hacía frío, pero la gente soportaba todo con tal de ver aquel grandioso espectáculo.

Terminado el último castillo se prendió el capo que en contados segundos ardió en toda su extensión, las llamas eran impresionantes y fabulosas, el calor y la luz que desprendía era enorme, la gente se tornó alrededor de la gran hoguera manteniendo su distancia.

Con el calorcito recibido la gente se retiraba a sus casas contentos del buen día de vísperas que había transcurrido.

Yo también me retire, mañana volvía la diversión, el domingo llegó y con el día central, el día jubilar fue recibido con una misa al alba y posteriormente el reventar de varias troyas, a mediodía las picanterías del lugar ofrecían sabrosos platos de la campiña. Por la tarde en una peregrinación se sacó a la Virgen de los Remedios en una procesión que recorrió las principales calles del pueblo, para dar finalmente una vuelta a la plaza, antes de guardarla en su recinto, la iglesia de San Fernando.

Esa misma tarde regresé a casa, al llegar me arrojé sobre la cama y allí con una paz que sentía en mi interior, me dormí.

Aquí acabe mi tercer relato, me sentía un muchacho afortunado al saber la belleza que encierra nuestra lengua, lo hermoso que es hablarla y escribirla, lo infinito que es su vocabulario y lo bueno que es aprenderla.

Volviendo a mis escritos, comencé de nuevo a pensar en el próximo relato a escribir.....

